

Abellán, A., Fayos, R. y Álvarez J.J. *Ser universitario. Manual de Introducción a los Estudios Universitarios*. Madrid: Universidad Francisco de Vitoria

### Búsqueda comunitaria de la verdad

El universitario es un *buscador*. Primero, habrá que ver qué es eso de *buscar* y por qué hacerlo. Después, veremos el tipo de *verdad* que busca el universitario. Por último, veremos cómo las características de esa búsqueda la convierten en una auténtica aventura.

¿Por qué buscar? Quien tiene todo lo que necesita, no sale a recorrer los caminos de Europa, jugándose la vida, a la búsqueda de no sé qué maestro del que sólo sabe de oídas. El buscador no conoce completamente lo que busca, pues, entonces, no tendría que buscarlo. Pero, a un tiempo, algo sobre lo que busca sí que sabe, pues, si no tuviera noticia de ello, no sólo no sabría por dónde empezar, sino que no sentiría necesidad de buscar.

¿Qué es lo que busca? Hemos dicho que la verdad, pero, ¿qué es eso de la verdad? Pues, según Aristóteles, es lo que nos hace realmente hombres. «Todos los hombres desean naturalmente saber», reza la primera frase de su *Metafísica*. Esto quiere decir que el corazón del hombre sólo descansa en la verdad. En primer lugar, busca solucionar los problemas en orden a la supervivencia. Busca la verdad «técnica», la que le lleva a conocer los secretos de las plantas, el campo, el clima, los animales, la caza... y le permite sobrevivir en un mundo que, de otro modo, sería inhabitable. Incluso, con el desarrollo de la técnica el hombre logrará no sólo sobrevivir, sino ahorrar tiempo. Descubrir los secretos de la agricultura, la ganadería, el dinero, los transportes, etc. le permitirán al hombre liberar su vida de la atención constante a la necesidad y le permitirán disfrutar del *ocio*, del tiempo libre. Pero al hombre no le basta con dominar el mundo y habitarlo. Cuando se ha liberado de las preguntas en orden a la supervivencia surge la pregunta que verdaderamente le hace preguntarse por su persona: ¿Por qué vivir? ¿Qué hacer con ese tiempo libre, no esclavo de las ocupaciones propias de los animales, es decir, de la mera supervivencia y perpetuación de la especie?

Cuando el hombre ha respondido a las preguntas técnicas brotan en él una serie de preguntas más profundas, relacionadas no ya con lo útil, sino con el ser de las cosas, su esencia y su sentido: ¿qué es, qué origen y qué destino tiene el mundo? ¿qué es el hombre, quién soy yo y qué sentido tiene mi vida? ¿cuál es la razón última de todas las cosas, eso que llamamos Dios, y qué me cabe esperar de eso? La tradición las ha sintetizado así: el universitario quiere conocer la verdad del mundo, del hombre, de sí mismo y de Dios. Si las respuestas técnicas nos permiten sobrevivir en el mundo y hacerlo cada vez más habitable y cómodo, las respuestas sobre el ser de las cosas nos hacen realmente libres, pues nos proporcionan un *mapa* de la realidad, una cosmovisión (una visión ordenada del mundo, del hombre y de Dios) en el que desenvolvemos con libertad.

En el fondo, toda cultura se ha formulado esas preguntas y vive conforme a una serie de respuestas. Esas respuestas son asumidas por los hombres como *creencias* desde las cuales vive. Son creencias acríticas, que condicionan el modo de actuar del hombre sin que éste se dé cuenta. La tarea del universitario es descubrir esas creencias, tematizarlas como ideas y

ser crítico con ellas: convertirlas en hipótesis que verificar o refutar con el ejercicio de su inteligencia y la práctica de su vida. Sólo de esa forma, cuando ya no «nos viven» o dirigen nuestras creencias acríticas, sino que vivimos desde las ideas que hemos descubierto como verdaderas, podemos tener una libertad madura.

En esa búsqueda de la verdad *que libera* el universitario se juega la vida. No ya en un sentido biológico, como el universitario medieval, al recorrer los peligrosos caminos de Europa. Sino en un sentido mucho más profundo, pues en esa búsqueda el universitario se juega el destino de su propia vida, y ese destino aparece como incierto: el final no está escrito. Según lo que el universitario encuentre y deje de encontrar, según cómo interprete las enseñanzas de sus maestros, según muchas otras variables controlables e incontrolables en esta búsqueda abierta y difícil, misteriosa, su vida quedará lograda en la verdad que hace libres (tendrá una vida auténtica, viviendo en la verdad); o malograda en el error, la manipulación o la falsedad.

### Formación integral

Al ponerse en marcha en búsqueda de la verdad el universitario descubre la exigencia de formarse integralmente. Es decir, de formar no sólo su inteligencia, sino también su voluntad y su libertad, su carácter y afectividad, su corporeidad y sus dimensiones histórica, social y religiosa. Y formarlas armónicamente, dándole a cada una su lugar apropiado.

La más importante de las facultades que debe formar el universitario es su inteligencia, no porque las demás sean menos importantes o necesarias, sino porque es la inteligencia la que debe guiar al resto, la que ilumina la libertad y mide el lugar del resto de dimensiones y facultades humanas. Una inteligencia madura supone una buena memoria -ese ámbito del que rescatar todo lo aprendido en el instante en que resulta necesario- y una imaginación creativa, pero supone, ante todo, la capacidad para inteligir (sic) comprender la realidad. Para comprender la realidad la inteligencia debe formarse en la profundidad, la amplitud y el largo alcance. La profundidad es la primera nota de la inteligencia, que se desprender de su etimología latina (*intus legere*, leer dentro) y supone la capacidad de penetrar en las cosas y captar la esencia, el corazón de las cosas (¿qué es esto y qué hace que esto sea esto y ninguna otra cosa?). La amplitud es la capacidad para relacionar esa realidad conocida con el resto de realidades que le afectan o que son afectadas por ella, supone ser capaz de poner en contexto lo conocido o de encontrar las justas relaciones entre las diversas realidades conocidas (¿Qué tiene que ver esto con...? ¿En qué medida afecta esto a...? ¿Cómo se verá afectado esto por...?). Una inteligencia de largo alcance es capaz de pre-ver las últimas consecuencias de una acción determinada (¿dónde nos llevará esto?) o el sentido último de la realidad conocida (¿de dónde viene esto? ¿Qué sentido tiene esto?). Cuando el hombre desarrolla así su inteligencia, es capaz de comprenderse a sí mismo, de edificar un mundo habitable y de situarse en una justa atención a lo que le sobrepasa, a lo misterioso del mundo, de sí mismo y del Absoluto.

Pero el hombre no es sola inteligencia, ni una inteligencia encerrada en un cuerpo, sino que el hombre es unidad de todas sus facultades y dimensiones. Por eso, sólo una voluntad firme

en su deseo de ajustarse a la verdad y una libertad madura capaz de elegir siempre lo mejor, harán a la inteligencia provechosa. Un carácter fuerte, pero dominado y atemperado; una afectividad sana, capaz de vibrar con lo bueno y de repugnar lo malo o injusto; y un cuerpo sano y vigoroso, son también necesarios para la formación de nuestra persona.

Toda persona madura, formada integralmente, es consciente de su dimensión histórica. Sabe que su situación en el mundo viene orientada por toda una tradición cultural e histórica que debe conocer para poder conocerse a sí mismo. Sabe que su vida se proyecta hacia el futuro y que su acción condiciona la historia de quienes vendrán después y serán sus herederos. Sabe que su vida sólo es posible en sociedad y que el desarrollo de su personalidad y de una vida en plenitud tiene mucho que ver con las personas de las que se rodea, con las que convive, a las que debe en buena medida todo lo que es, cómo es y lo que llegará a ser. Y sabe, por último, que ni el hombre ni el mundo se han dado el ser a sí mismos y que, por lo tanto, hay una realidad “más allá de esta realidad” y permanece a la escucha, tratando de relacionarse con ella. Éste es el sentido de la religión, *re-ligare*, capacidad de enlazarse con lo Absoluto.

La formación integral no sólo supone desarrollar todas estas dimensiones y capacidades de la persona, sino que trata de ordenarlas a todas en su justa medida. Un hombre con gran sentido de la religiosidad, pero con una inteligencia débil caerá fácilmente en el fanatismo. Un hombre muy inteligente, pero sin la voluntad de tomarse en serio su propia vida, desperdiciará ese don en insustanciales e inútiles juegos dialécticos. Un hombre con un cuerpo atlético sin una libertad madura que oriente su vida puede acabar malogrado. De ahí que la formación integral se ocupe no sólo de todas las facultades y dimensiones de la persona, sino también de su adecuado equilibrio.

### Síntesis de saberes

Un buscador de la verdad que ha armonizado integralmente su formación pronto descubre la necesidad de una síntesis de saberes. Ahora bien: la síntesis de saberes no consiste ni en saberlo todo (cultura enciclopédica, mera *educación*) ni en saber un poco de cada cosa (cultura de trivial, mero *eclecticismo*).

Podríamos definir al erudito como a un almacén de memoria. Es esa persona que lleva toda una biblioteca en su cabeza y es capaz de rescatar de ella el dato exacto en cualquier momento. Pero, en el fondo, no es distinta de una computadora: mero almacén de datos. Para qué sirven estos o qué relación tienen unos con otros, no tiene por qué saberlo y todo orden que guarda en su cabeza es similar la de la biblioteca: temático, alfabético o cronológico.

El ecléctico es aquel que coge un poco de cada cosa según le interese o llame la atención, haciendo luego una mezcla indiferenciada de todas esas cosas, sin demasiado orden ni concierto, sin preocuparse por las contradicciones. Es aquel que, sabiendo un poco de todo, resulta no saber nada de nada. Si al erudito corresponde la imagen de la biblioteca ordenada, al ecléctico le va bien la del monstruo de Frankenstein. El profesor José Ángel Agejas suele utilizar esta imagen para ilustrar “un saber que es una especie de mezcla con remiendos o

pedazos de otros saberes: un saber que, visto en su conjunto, resulta monstruoso, deforme, sin armonía alguna”.

La síntesis de saberes tiene que ser otra cosa. Ni erudición enciclopédica destinada sólo a portentos de la memoria, ni eclecticismo deforme propio de personas dispersas y curiosas, pero sin un núcleo de unificación interior. La síntesis de saberes supone la unidad armónica de conocimientos en una doble dirección: de los saberes más particulares a los más generales -pues el particular exige para ser iluminado de otro más general- y de cada saber concreto, su orientación a la vocación (el bien) personal y al bien común.

Quizá sirva como imagen el clásico “árbol de las ciencias”, donde cada disciplina encuentra su lugar en armónica relación con el resto, y donde la sabiduría se encuentra en la savia que discurre por todas ellas, vinculándolas orgánicamente entre sí y a todas ellas con la edificación de la persona. Si los griegos ponían en la base del árbol la Metafísica no era sólo por ser el saber más “general” sin cuyos principios ningún otro era posible, sino también por ser el saber que hacía mayor bien al hombre, al hacerlo más libre. Por eso mismo los medievales colocaron en su base la Teología, no sólo porque el saber humano no puede ser contrario al revelado, sino también desde la certeza de que “es Cristo quien revela el hombre al hombre”, es decir, que es el saber sobre Dios el que nos hace realmente libres.

La síntesis de saberes tiene muy modo muy sencillo de desarrollarse en la propia vida. Cada vez que uno aprende algo, debe preguntarse, en primer lugar: ¿Dónde debo situar este conocimiento? ¿Es algo determinante y esencial que aplicar en todas las facetas de la vida? ¿Es un principio general para aplicar en mi vida profesional? ¿Es algo técnico para aplicar sólo ante determinadas situaciones o problemas concretos? Y luego, en segundo lugar (aunque esta cuestión supone la anterior): ¿Qué tiene esto que ver con mi propia vida? ¿Qué tiene que ver esto conmigo? ¿Qué tiene esto que ver con mi vocación personal y con el bien común? Y respondiendo adecuadamente a estas cuestiones uno empieza a edificar en su interior, sin eclecticismos y sin ánimo de erudición, la unidad de su propia síntesis de saberes.

**Servicio a la sociedad** Si en la tarea de la búsqueda del saber procuramos hacer una síntesis, pronto aparece en el horizonte la pregunta por el bien común. La pregunta por nuestra vocación está ligada a la pregunta por el servicio a los demás. Vocación (*vocare*) quiere decir llamada, y esa llamada, aunque la descubrimos en nuestro interior, viene de fuera, y exige una respuesta comprometida con ella. Toda vocación es, en este sentido, una vocación *social*, pues sólo puede cumplirse gracias a otros, en colaboración con otros y al servicio de otros.

El servicio que le es propio a la universidad (y al universitario) es propio y específico de su vocación. Aunque hay diversas maneras de servir a la sociedad, una es la propia del universitario. No es la acción social o el voluntariado, no es tampoco el llamado *sector servicios* y ni siquiera es, esencialmente, el servicio *profesional*. Todo eso está muy bien, es necesario, y hay otras instituciones específicas encargadas de llevarlo a cabo. La universidad puede participar y, de hecho, participa en esas tareas, pero lo ha de hacer, fundamentalmente, a su modo específico.

Hagamos una analogía entre la sociedad y el hombre. Si en el hombre, la encargada de regir al resto de sus dimensiones y de ordenar toda su vida es la inteligencia, en la sociedad ocurrirá lo mismo. Y el órgano de la inteligencia social de Europa ha sido tradicionalmente la universidad. Podemos decir que la universidad es la institución de la inteligencia, pues en ella se descubren los saberes más altos y se proporciona la formación superior de las personas de integran la sociedad.

El servicio a la sociedad propio de la universidad, por lo tanto, es un servicio *rector*, orientador. Esta vocación está imbricada en los orígenes de la universidad y la hace distintiva de otras instituciones educativas. La Academia de Platón, por ejemplo, se encargaba de los saberes más altos, pero no mantenía un vínculo de responsabilidad con el bien de la sociedad. Sin embargo, la universidad, desde su constitución como tal, se mostró abierta a la reflexión sobre las necesidades urgentes del resto de la sociedad. Un ejemplo paradigmático de esto lo encontramos en la Universidad de Salamanca, en la escuela de Fray Francisco de Vitoria, quien guio la reflexión sobre qué debía hacer España tras el descubrimiento de América y la aparición de los indígenas. Sus reflexiones, asumidas por Isabel la Católica, supusieron la creación del Derecho de Gentes (embrión del actual Derecho Internacional), así como el concepto de Guerra Justa. Las consecuencias de dichas reflexiones (como era la de respetar la dignidad de los indígenas como hijos de Dios, lo que supuso prohibir la esclavitud y la posibilidad del mestizaje) impregnaron el modelo político y jurídico de expansión en América de un modo muy distinto al del resto de países.

Ortega y Gasset expresa la dimensión rectora propia de la universidad de un modo inspirador:

*«tiene la Universidad que intervenir en la actualidad como tal Universidad, tratando los grandes temas del día desde su punto de vista propio -cultural, profesional y científico-. De este modo no será una institución sólo para estudiantes, un recinto ad usum delphinis, sino que, metida en medio de la vida, de sus urgencias, de sus pasiones, ha de imponerse como un 'poder espiritual' superior frente a la Prensa, representando la serenidad frente al frenesí, la seria agudeza frente a la frivolidad y la franca estupidez. Entonces volverá a ser la universidad lo que fue en su hora mejor: un principio promotor de la historia europea»<sup>1</sup>*

Las profesiones, la prensa, la acción social, el sector servicios, etc., tienen cabida en la universidad, así como cualquier otro reto urgente al que nuestra sociedad deba dar una respuesta rigurosa, prudente y eficaz. Su vocación rectora impulsa a la universidad a afrontar los retos de una reflexión rigurosa acerca de todos los temas en que nos juguemos el devenir del mundo. Pero el modo específico en que la universidad ha de abordar estas cuestiones es mediante el *servicio de la inteligencia*, para orientar nuestro futuro en orden a la edificación de la Civilización de la Justicia y el Amor.

---

<sup>1</sup> ORTEGA Y GASSET, José. *Misión de la universidad*. Fundación Universidad-Empresa, Madrid, 1998, p. 78.